

ARTE PELIGROSO

por Elsa Poblete

*“...porque soy como el árbol talado, que retoña
y aún tengo la vida”(Miguel Hernández)*

Mi respetuoso y fraternal saludo a los miembros de la Academia de Bellas Artes que presiden esta reunión, Sr Santiago Vera, Sr. Ramón Núñez, Sr Luis Orlandini, Sr. Alejandro Reyes Van Ewyck, con quien comparto esta asamblea de incorporación; familia, amigas y amigos.

Mi placer es hoy agradecer vuestra invitación a pertenecer a la Academia de Bellas Artes, donde vengo a asumir el asiento pendiente que ocupó mi admirada bailarina y coreógrafa, Premio Nacional de Artes Musicales 2001, María Luisa Solari; Malucha, como la conocí cuando se encargó de las coreografías del espectáculo “Show Moliere” en el grupo Teatro Joven en el que me inicié como actriz. Malucha se integró al intento pedagógico impulsado por los profesores Carlos Matamala y Gustavo Meza, quienes lograron la solidaridad de la Embajada de Francia, para acoger a los alumnos de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile, cerrada por los militares en 1973 y Malucha, con su amor al teatro y en medio de la dificultad reinante, nos hizo sentir que había vida hacia adelante, alegrándonos los días de ensayo con sus conocimientos, su inolvidable gracia y su alegría. Honor de asumir el número de sillón que ella dejara, que me impone una tarea que asumo llena de entusiasmo, como todas las tareas artísticas que he emprendido en mi vida de actriz, fiel a mi aprendizaje más primero.

Gracias a la vida, crecimos mis hermanos y yo, en medio de pintores, pintoras, escultores, escritores, bailarines, poetas y músicos: nuestro padre, uno de esos artistas, -cultor esencial de la plástica constructiva en nuestro país, nuestra madre y su programa radial “Hablemos de Arte”;

los demás, sus amigos que fueron nuestra familia, puesto que vivíamos en contacto diario, en torno a la Escuela de Bellas Artes, en cuyo Parque Forestal, esperábamos los niños jugando, la salida de clases de nuestros padres y tomados de sus manos caminábamos escuchando sus parloteos sobre cuestiones de la pintura, del arte, de los artistas, cuestiones de la creación, de la imaginación y otros asuntos a veces más de este mundo, como la Universidad, reformas a la enseñanza artística y otros conceptos que se iban grabando en alguna parte del cuerpo y conformando mi propio e ineludible futuro en alguna de las artes. Viví así, desde siempre en la convicción de que el arte era esencial a la vida de las personas y que para mí no habría otra forma de vivirla.

Cuando llego a la Academia, invitada a este cuerpo conformado por creadores de todas las ramas del arte, me envuelve una cálida sensación de recuperación de la seguridad de la infancia. La certeza de compartir con quienes conocen el placer y la lucha por este quehacer que de libertario y placentero, tantas veces se vuelve peligroso.

¿Por qué peligroso? ¿Y para quién?

La historia de persecución a artistas y sus obras es casi millonaria en el desarrollo de la sociedad humana “civilizada”, cada vez que los ciudadanos han sido golpeados por la censura moral, el totalitarismo político y el fanatismo religioso e incluso por ese miedo a lo distinto que tantas veces inmoviliza al ser humano.

Al pensar en los tristes momentos en que el arte ha sufrido golpes que han acallado su expresión, me aparece como una maravilla casi “sobrenatural”, su capacidad de sobreponerse a la adversidad y regenerarse, -diría que con mayor autoconciencia que un organismo vivo-, capaz de detectar sus partes y sanarlas, protegerlas o revivirlas, rescatando todo lo que verdaderamente nutre a la vida de la humanidad, contra cualquier impedimento o movimiento adverso. Esta condición del arte, magnánima de inteligencia racional y emocional, es la maravilla que ha permitido que pese a quien le haya pesado, hayan trascendido obras, textos, imágenes y

contenidos que pudimos haber perdido como resultado de diversas catástrofes, entre las que vergonzosamente, ha tenido lugar relevante la propia tontera del ser humano: el olvido, la ignorancia, la negligencia cultural, la protección de privilegios injustos, los intereses mezquinos, los intereses políticos, los intereses económicos, el aplastamiento colonizador, o la persecución al artista y su creación por la imposición de sistemas de gobierno. El ARTE, libre por antonomasia se adjudica, involuntario, los embates de enemigos mortales, sin embargo más temprano o más tarde, renace y recupera obras, artistas y contenidos, para felicidad del alma de la humanidad.

Recuerdo algunos casos que me han impresionado en su capacidad de sobrevivencia. Pienso en la acción persecutoria de la Santa Inquisición, aquella que me impactó y conocí a través de la lectura de “Las brujas de Salem” de Arthur Miller. La Inquisición en España estableció el “*Index Librorum Prohibitorum et Derogatorum*”, la lista de libros, declarados prohibidos “*porque enseñan cosas de propósito lascivas, de amores y otras dañosas a las buenas costumbres de la Iglesia Cristiana, aunque no se mezclen en ellas herejías y errores...quienes los tuvieren sean castigados por los inquisidores severamente, ...Las pinturas, esculturas y toda clase de representaciones deshonestas caen bajo la misma prohibición, y queda prohibido realizarlas o introducirlas en el reino.*”

Esta suerte corrió “La Celestina o Tragicomedia de Calixto y Melibea”, publicada en 1499 por Francisco de Rojas, cuya prohibición se justificó “*por su carácter inmoral y procacidad del estilo*”. “La Celestina” sobrevivió para el regocijo de la literatura de todos los tiempos y continentes; en Chile ha sido representada una decena de veces. Tuve la suerte de participar como actriz, en un montaje de la obra, contando con la insuperable adaptación realizada por José Ricardo Morales, artista que por lo demás sufrió él mismo este tipo de embates, cuando debió salir de su patria debido a la Guerra Civil española y llegado a estas tierras en el Winnipeg, aportó nada menos que en la fundación del Teatro

Experimental y es hace muchos años, miembro de este Instituto de Chile, a través de la Academia Chilena de la Lengua.

En Chile, la representación esporádica de obras de teatro, se dio desde el siglo XVI, con la llegada de españoles a este confín del mundo, como una actividad absolutamente vigilada y su práctica asociada siempre a fechas de celebración religiosa. Según lo consignan los historiadores, la creación de la Real Audiencia por parte de la monarquía española en el Reino de Chile, que reglamentaba toda la vida de la sociedad, estableció la censura durante casi tres siglos, provocando además un fenómeno de autocensura sostenido, que de seguro deja su huella en nuestra identidad. (Nuestra vida independiente tiene solo dos siglos de existencia). El Santo Oficio en Chile, quemó a fines del siglo XVIII, los libros de Diderot, Voltaire y Montesquieu, para evitar que se difundieran las ideas de la Ilustración. Aun así, fueron estas las ideas que asentaron los conceptos de Estado y Nación de nuestro naciente país.

La constante vigilancia al teatro durante la colonia, no permitió su desarrollo temprano en Chile, como normalmente hubiese sido si la comunidad en general hubiera tenido acceso a practicarlo.

Felices momentos para el desarrollo de la cultura nacional, cuando el teatro hecho por chilenos, logra abrirse paso, recién en los albores del siglo XX, saltando por los intersticios a la escena, con dramaturgia y elencos chilenos; pero el final feliz, se vería entorpecido al año siguiente mismo de la celebración del centenario, cuando se fundaba la "Liga de Damas para la Censura Teatral"-con su primera reunión en el diario El Mercurio de Santiago-, creada para "*Combatir la licencia teatral y los espectáculos...[Defender] la fe y las buenas costumbres ...oponiéndose a la educación sin Dios, a las representaciones inmorales de los teatros, a la lectura de diarios y libros impíos o indecorosos, a las modas indecentes y a todo lo que se presente como un escándalo en nuestra culta sociedad*". También se erige en censora de la naciente presencia del cine: un artículo publicado por esta Liga en El Mercurio advierte acerca de los peligros del

cine y reclama en contra de “...los besos, la pasión fotográfica y la presencia de mujeres”, habla de “...niños que luego de ir al biógrafo salen con el alma muerta y la inocencia asesinada”. El artículo publicado, finaliza con la siguiente condena: “¡Cine, de cualquier clase que seas, seas mil veces maldito!”. Entre otras gracias de la mencionada Liga, más tarde felicita que la jerarquía de la Iglesia “se niegue a absolver a los penitentes que bailan el famoso tango argentino por considerarlo absolutamente inmoral”. Por sobre la censura impuesta, el cine chileno, proliferó y tuvo una época muy rica en sus inicios y en la segunda mitad del siglo XX, gracias al impulso de directores, actores y técnicos, que lo sostuvieron respirando, incluso durante los años posteriores al golpe militar de 1973 y posteriormente, en democracia, ha logrado apoyos para su fomento, aunque aún insuficientes.

En estos difíciles comienzos y en medio de la vorágine de compañías españolas que capturan la escena en la época, con un repertorio de zarzuelas y piezas cómicas, en las que los actores debían hablar con acento español, la fuerza del teatro como manifestación artística y propia, lucha por su existencia, en la perseverancia de algunos innovadores por excelencia como los dramaturgos Armando Moock, Germán Luco Cruchaga y Antonio Acevedo Hernández, este último describe el fenómeno teatral reinante como “Teatro digestivo” y manifiesta respecto a sus propios temas: “En las obras que veía diariamente aparecían demasiados marqueses, condes, duques, duquesas y hasta reyes y reinas. Creí que el pueblo chileno, nunca utilizado por los autores novicios, me entendería, sentiría su propio dolor, que era también el mío...”. Peligrosa para estas aguas que corrían tranquilas, la aparición del dramaturgo en la pista de ese circo. No demoraron ni un día en perseguir su creación por su contenido de crítica social. En el estreno de su obra “Almas perdidas” en 1915, llegó la policía a la sala “Coliseo” y detuvo al autor, algunos actores y también a varias personas del público. La obra fue suspendida. Pero el artista es como el luchador japonés, que utiliza la fuerza contraria a su favor, por lo tanto, de cada detención salía Acevedo enriquecido con más argumento para su obra.

La dramaturgia chilena, irrumpe “punta y codo” en la batalla y devuelve, entre otras cosas importantes, el acento y la fonética chilena a nuestros actores. Descansa la lengua del actor de tanta “zeta” y “ese” simuladas y también el oído del público se contenta de escuchar hablar “en chileno”, como también su alma agradece el mirarse en ese espejo y conocer virtudes y vicios propios; florece el desierto del teatro como un arte nacional. Acevedo Hernández funda la “Compañía Dramática Chilena”, el primer grupo teatral netamente nacional. Hoy Antonio Acevedo Hernández, es considerado un pilar fundamental del desarrollo del teatro en nuestro país, “padre del teatro social” y fue galardonado con el Premio Nacional de Arte, mención Teatro en 1954.

Me sorprende comprobar que los bríos de la actividad censuradora o persecutoria en nuestro país, no tuvo nada que envidiar a la europea. En mi experiencia como actriz, he conocido con la intensidad que otorga la participación en una creación teatral, algunas obras que pudieron haberse perdido. La obra “Casa de Muñecas”, del noruego Henrick Ibsen es una de ellas. Tuve la suerte de actuar el papel de Nora su protagonista, en los comienzos de mi profesión teatral, en el querido Teatro de la Universidad Católica. Originalmente estrenada en 1879 en Copenhague, en ella Ibsen pone en tela de juicio y denuncia la injusta conformación del pilar de la sociedad burguesa: la familia, y propone el derecho de la mujer a desarrollarse como individuo. Peligroso aporte de Ibsen que incomodó a la sociedad de fines del siglo XIX y que siguió estrenando la obra a través de Europa, cambiando su final y haciéndola perder todo su sentido. Para nuestro placer, la obra impuso su contenido y se le reconoce como emblema de la dramaturgia moderna; Henrick Ibsen es considerado el padre del Realismo y del drama psicológico. No puedo imaginar el mundo sin la existencia de sus obras. Nuestro montaje, en 1979 en el TUC la exhibió fiel a su autor y no olvido mi sorpresa cuando en algunos foros, hubo gente en el público que reaccionó en contra de la decisión de la protagonista, igual que en la Dinamarca de 1879, pero estábamos en la Plaza Ñuñoa y exactamente un siglo después.

El arte es peligroso, ¿para quién? me pregunto. En mi empeño de confrontar *censura* versus *inmortalidad* del arte, descubro ocasiones en que este, se vuelve peligroso, paradójicamente, para los propios artistas, cuando nos negamos a acceder al devenir de las nuevas miradas. Así sucedió con el estreno de "*Hernani*" de Victor Hugo, en 1830, evento más conocido como la "*Batalla de Hernani*", las funciones se sucedieron en la sala de la "Comedie française", en medio del enfrentamiento cuerpo a cuerpo de dos bandos, cuando transgrediendo la obra los cánones estéticos vigentes, enfrentó a los renovadores de la escena y los defensores a ultranza de los postulados conservadores de la estética teatral vigente. La obra solo logró realizar tres o cuatro funciones, pero aun así, se las arregló para trascender como el símbolo del movimiento Romántico mundial.

El artista, crea sin pensar en las clasificaciones estéticas que luego tejerán los teóricos y analistas del arte y este ejercicio de su libertad, se ha vuelto en su contra miles de veces a lo largo de la historia. Y es que muchas veces el ser humano se vuelve dogmático de sus propios encuentros y se apega a veces a ultranza a la última experiencia, confundiendo estética con ética. En materia de ponerle obstáculos al arte y los artistas, la Crítica se ha ganado también su lugar en el prontuario de las persecuciones, cuando se ha vuelto dogmática, o por incompreensión de los fenómenos artísticos, en muchas ocasiones; pero la fuerza del arte y su vocación de acompañar el avance de la vida, felizmente, han vencido el intento de alejar al público de determinada creación. Sucedió así con Vicente Huidobro y el Creacionismo. ¿Por qué? ¿Porque rompe con la tradicional regla de la métrica, la estrofa y el ritmo? ¿Por qué resulta vanguardista hasta el día de hoy? ¿Y nuestro otro vanguardista Juan Emar? Ambos, con dificultad ya han logrado al menos no desaparecer, hoy la obra de Huidobro resurge en la relectura que de ella hacen los jóvenes que reconocen al gran adelantado. Emar está recién en los últimos años en vías de rescate y sus obras sacadas de su escondite, cuando finalmente la Biblioteca Nacional ha recibido un legado de alrededor de 400 de sus manuscritos.

Mirando nuestra contingencia, aplaudo el valor de quienes lograron imponer, con dificultad seguro, la decisión de entregar el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda 2015, -que otorga el Consejo Nacional de la Cultura y las artes-, al poeta visual brasileño Augusto de Campos, cuya creación se inscribe en el Movimiento de la Poesía Concreta, lo aplaudo aún más, cuando nuestra propia expresión de arte concreto no logra cabida aún en Chile, debido al gran pecado masivo, de querer siempre “entender la obra de arte”, pecado que engendra censura, que lleva a instituciones y personas públicas y privadas a cometer otro, el de omisión. Y el comentar este acierto justo y poco frecuente, me conecta con una situación cercana en mi infancia, porque afectó al Grupo de Arte Moderno Rectángulo creado por mi padre junto a Ramón Vergara Grez y Matilde Pérez, donde la censura del propio público reaccionó agresiva ante obras que lo enfrentaban a una expresión distinta y oscuras manos destruyeron pinturas de la primera exposición colectiva de este grupo vanguardia del modernismo plástico chileno. El arte constructivo en nuestro país lucha aun hoy por sacarse la mordaza, cuando paradójicamente el mismo movimiento latinoamericano ya está fuertemente integrado al gusto mundial por esta expresión artística. Lo más lento en esta resurrección, más que la existencia de esta expresión que sigue sumando cultores, es nuestra conciencia como público, de que aunque no lo sabemos, ya vivimos inmersos en sus postulados estéticos.

De las acciones en contra del libre albedrío del Arte, pocas me impactan más que la persecución de la era de Stalin, que entre otras, trunca la expresión del constructivismo ruso y su incursión en la plástica, la arquitectura, la escultura, la poesía, en el diseño industrial y textil de vestuario y vanguardia en el diseño gráfico; experiencia reñida según el régimen, con las normas que los artistas debían observar: los cánones del “Realismo Socialista”, implantado como política oficial de estado en 1932 hasta la disolución misma de la unión Soviética en 1990.

No solo el constructivismo fue declarado arte burgués y subjetivo, sino que se prohibió toda vanguardia artística y se iniciaron purgas que culminaron con artistas expulsados de sus cargos, deportados a

Siberia o fusilados. El régimen, se permitió prohibir también entre otras, las obras de George Orwell, de James Joyce y más allá de Stalin, en los años 60, también los Beatles cayeron en la prohibición que sostuvo el sistema. Todo arte experimental fue denunciado como *“decadente y pesimista; exponente de un espíritu burgués ajeno a los logros de la clase trabajadora”*. Y me permito un paréntesis, pues me da escalofrío pensar que Gustavo Poblete, mi padre, Ramón Vergara y Matilde Pérez, artistas constructivos, aunque con distintas visiones estéticas y también políticas, trasladados a ese contexto, habrían corrido una misma suerte, ya que no habrían sobrevivido al “buen gusto” de Joseph Stalin.

Honor a los artistas Maiakovsky y Meyerhold, pérdidas humanas y artísticas que pudieron desaparecer en el tsunami demencial que quiso tragárselos, pero reflataron sus nombres y su legado, para volverse imprescindibles del arte mundial. La investigación de Meyerhold acerca de la ejercitación del actor que integró en su propuesta de la “Biomecánica”, ha sido entre otras, fundamento de la formación y la investigación actoral del siglo XX y la actualidad.

“Entartetekunst”: “Arte degenerado”. Así denominó el estado nazi, a toda obra moderna, y las clasificó como productos de “bolcheviques”, “marxistas”, “judíos” y “degenerados”. La lista de prohibidos, concebida por el nazismo, castigó así, los estilos contemporáneos vanguardistas: Dadaísmo, Cubismo, Expresionismo, Fauvismo, Impresionismo, Surrealismo. No se contentó el nazismo solo con arrojar a las hogueras en 1933, toda obra literaria catalogada como “judía”, “bolchevique”, o “anti-germánica”. A unos metros de la exposición *“Arte degenerado”*, el régimen exhibió la *“Gran exposición del Arte Alemán”* con obras que congeniaban con el concepto oficial denominado como “Arte Heroico”, cuya estética exaltaba el nacionalismo y la pureza racial.

Desde 1937 hasta 1941, exhibió por diversas ciudades la exposición *“Arte degenerado”*, con obras requisadas de galerías, museos y colecciones particulares, individualizadas como frutos de una *“humanidad degenerada”* y de una *“generación patológica de artistas”*. El decreto se refería entre los 112 de la lista, a artistas como Max Ernst, Wassily Kandinsky, Paul Klee, Emil Nolde, Edvard Munch, Oskar Kokoschka,

Gustave Courbet, Marc Chagall, tildados de “putrefactos” y “cretinos”: 650 obras expuestas de las 5.000 incautadas, los cuadros colgados torcidos, grafitis en las paredes que insultaban a las obras y a los artistas para ridiculizarlos. Una de las salas mostraba obras de arte abstracto y se titulaba “la sala de la locura”.

El catálogo de la exposición expresaba: *“En las pinturas y dibujos de esta cámara de los horrores no hay forma de entender qué tenían en sus mentes enfermas quienes empuñaron el pincel o el lápiz”*. Hitler, pintor fracasado el mismo, aclaró el concepto: *“[Arte degenerado]es aquel-dijo-, que invita a revolcarse en la inmundicia por causa de la inmundicia, para pintar el ser humano sólo en un estado de putrefacción, para dibujar cretinos como símbolos de la maternidad o presentar idiotas deformes como representantes de la fuerza viril”*.

Hubo manos anónimas que supieron salvaguardar de tamaña catástrofe una buena parte de esas obras y poco a poco han ido reapareciendo. En 2013, sin ir más lejos, cerca de 1.400 obras de estas, fueron descubiertas y de más está decir el lugar que les ha correspondido en el arte internacional a los artistas prohibidos.

Tuve la alegría de participar en 2010, en la recuperación de la obra de teatro “Lo crudo, lo cocido, lo podrido”, con motivo de las celebraciones del bicentenario y también en su remontaje el año pasado para la celebración de los 40 años de Teatro Imagen, mi compañía. En los días previos a su estreno original en el Teatro de la Universidad Católica, durante la dictadura cívico-militar en Chile, fue definitivamente prohibida su exhibición, días antes de su estreno, por las autoridades civiles de la universidad, a la cabeza Hernán Larraín, entonces Vicerrector de Comunicaciones, catalogándola de *“indecente, vulgar y grosera”*. Era el debut como dramaturgo de Marco Antonio de la Parra y contaba con un elenco de primera línea dirigido por Gustavo Meza. La obra sucede en un restaurante de tradición del cual nadie sale ni entra, que ha secuestrado y muerto a sus parroquianos. Temeraria oferta teatral que al ser prohibida, fue de inmediato estrenada y acogida en su repertorio por la Compañía Teatro Imagen, en un acto de preservación de una manifestación artística; actitud de resistencia respaldada por el público, que la convirtió desde su estreno en un fenómeno emblemático del período y de la dramaturgia chilena y latinoamericana.

Cabe mencionar que los *“indecentes, vulgares y groseros”* creadores de tan abominable espectáculo teatral denunciado por Larraín, eran Marco Antonio de la Parra, el autor; Ramón López el escenógrafo; los actores Ramón Núñez y Arnaldo Berríos; Malucha Solari, la coreógrafa y Gustavo Meza, su director; en la ocasión tratados cual delincuentes culturales, hoy honorables miembros de esta Academia y varios de ellos galardonados con el Premio Nacional de Artes.

Otro intento de apagón cultural fue la quema de la carpa del Teatro La Feria, que impidió la temporada de la obra *“Hojas de Parra”* y que destruyó la feliz iniciativa de Jaime Vadell, José Manuel Salcedo y Susana Bomchil, quienes lograron sobreponerse, manteniéndose activos con el Teatro la Feria por más de tres décadas.

La obra de teatro *“Tres Marías y una Rosa”*, estrenada por el Teatro de investigación Teatral -TIT en 1979, se ganó para sus creadores una citación a declarar al Ministerio de Defensa de Pinochet. El diario La Segunda sostenía en un artículo que el montaje *“incitaba a la lucha de clases”*. Hoy la obra -y sus entrañables personajes-, hace parte de los clásicos contemporáneos del teatro chileno y fue remontada por el Teatro Nacional hace un par de años.

Con mi joven compañía, ensayábamos en 1975, como mencioné antes, gracias a la solidaridad de la Embajada francesa, en el local del Instituto chileno-francés de Cultura, y presenciamos el cierre y prohibición de la exposición que Guillermo Núñez realizó en ese local, inspirada en *“el arte enjaulado, el pensamiento enjaulado”*, imágenes originadas en el pintor, debido a su primera detención en la Academia de Guerra de la FACH, que le costó la segunda detención y expulsión del país. El arte hizo justicia con Núñez y fue galardonado con el Premio Nacional de Artes Visuales en 2007. También vimos como nuestros amigos del Teatro Aleph, fueron víctimas de la persecución luego del golpe militar, cuando estrenaron la obra *“Mijita rica”*. El Ministerio del Interior la catalogó de *“antipatriótica”* y fue prohibida, luego apresado su director Oscar *“Cuervo”* Castro. Pero el impulso vital de artista, lo transformó en el más activo impulsor del teatro en los campos de concentración. Aleph celebró el año pasado 40 años de existencia en plena vigencia y este año inició el desembarco de su proyecto teatral en Chile. Su director salió del campo de concentración, gracias a la intervención del Embajador de Francia Pierre de Menthón y el agregado cultural, Roland Husson, debió vivir en Francia y fue

galardonado por el gobierno francés con la orden “Caballero de las artes y las letras” y en democracia, fue distinguido como hijo ilustre de la Municipalidad de El Maule.

El gran genio creativo de las autoridades de la dictadura los llevó a prohibir la Quena y la Zampoña declarados “*instrumentos subversivos*”; provoca risa, pero la medida tenía un profundo y masivo sentido amordazador. No solo de su propio ingenio vivió la dictadura, también pidió prestados a la historia algunos recursos, como la copia de “listas negras” del Macartismo, -la época de persecución a artistas en los EE.UU.-. En la versión nacional, las listas contenían nombres de las personas cuya imagen estaba vedada de aparecer en las pantallas de TV, inofensivos próceres de la actuación como Roberto Parada, Ana González y tantos otros (en la lista también la inofensiva joven veinteañera que era yo). Aquellos artistas adultos, a quienes vimos ejercer todos los días, como un objetivo personal ineludible, la protección de la cultura del país, nos mostraron que el arte es como el árbol talado, que retoña. Por eso no nos perdimos y retoñamos y por eso puedo hoy reflexionar en libertad, acerca de la censura al arte y su reinvento permanente y homenajear humildemente a quienes quedaron en el camino, a “los muertos de mi felicidad”, -como dice el trovador-, en la satisfacción de que renace día a día en la preferencia de los jóvenes, la dignidad artística arrebatada. Como botón de muestra el florecimiento de las Orquestas Juveniles ideadas por Jorge Peña, idea rescatada en este caso por Fernando Rosas.

La perseverancia, la iniciativa contra viento y marea, son algunas de las grandes virtudes de los artistas. Todos quienes participan en esta Academia, son artistas que han perseverado, porque han saltado innumerables vallas externas y también íntimas. Somos los sobrevivientes de los impedimentos. Solo cada uno de nosotros conoce su propia “epopeya”, más pequeña o más histórica, pero ninguno de nosotros puede explicar cómo y de donde viene ese pulso vital, ese impulso hacia adelante que llevamos con nosotros, solo parecido al de la salida del niño del vientre materno, que decide “per se” cuándo dar curso a que esa fuerza de la naturaleza, dé el Gran Salto.

Y es que hemos elegido vivir inmersos en un saber humano, fundado en condiciones profundas y misteriosas del ser, donde los ingredientes intuición, percepción, sensación, observación, reflexión y pensamiento se funden para explotar en nuevos universos -las creaciones artísticas-, capaces de describir al ser humano y sus contradicciones mejor que cualquier tratado o estadística. Sabemos del contexto político y de la intimidad de la época Isabelina y más, si conocemos la obra de Shakespeare, incluso viendo o leyendo solo una de sus obras. No conocemos Nueva York, pero observamos el “Manhattan Boogie-woogie” de Mondrian y ya tenemos la sensación exacta; El ballet de Kurt Jooss “La mesa verde” no requiere de nada más que verlo para conocer el sentimiento en que queda el mundo luego de la primera guerra mundial; en una hora y cuarenta minutos la película de Aleksandr Sokúrov, el “Arca Rusa”, nos revela casi un siglo de idas y venidas de la sociedad rusa.

El ARTE despierta en el ser humano, como creador o como quien lo disfruta, el sentimiento de pertenencia más inconsciente y ancestral, es el acto heredado del ritual que disecciona el mito y nos catapulta a la posibilidad de aprehender la realidad; ninguna persona sale igual -aunque no lo sepa-, luego de la experiencia de crear o de disfrutar una obra de cualquiera de las artes; hasta el más reticente espectador, se zambulle involuntariamente, en la práctica activa de la imaginación, el sentimiento y la reflexión. El arte abre el mundo, crea memoria, transforma y libera.

Por eso para algunos es peligroso.

Por eso asusta al temeroso de lo desconocido, enoja al intolerante, incomoda a quien no quiere mirarse, violenta al conservador aferrado a sus dogmas y hace levantar armas en su contra a quien antagoniza su peligrosa libertad.

Sin embargo y felizmente, el Arte, como el árbol mutilado, retoña; cual bella y multicolor lagartija busca el sol y regenera su cuerpo mutilado, siempre.